

Participación política juvenil: construcción de identidades en jóvenes militantes que transitan por la escuela secundaria

Lic. Manuela Papaleo
manupapaleo@gmail.com
Becaria CIC de Estudio

Alma Carrasco
alma.carrasco@hotmail.com

Juan Bautista Paiva
juanpaiva.92@gmail.com
Becario Alumno de Iniciación a la Investigación (CIN)

Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios
Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS)
Universidad Nacional de La Plata (UNLP)
Argentina

Aclaraciones preliminares

En la investigación^[1] realizada indagamos sobre la pregunta por los jóvenes y sus prácticas de participación política en el contexto socio-histórico de la Argentina actual. Asistimos hoy a una visibilización de voces y prácticas políticas juveniles que van más allá de la mera expresión en tanto espacio de micro resistencia, aun entendiendo a estos en su sentido más político. Los jóvenes hoy aparecen marcando un retorno a la política institucional (Natalucci y Pérez 2012; Natanson 2012, Saintout 2013, Vázquez 2013 y Sánchez Narvarte y Angelini 2014), en contraste con la década anterior.

Durante los años noventa existió un panorama recurrente a la hora de problematizar el vínculo entre las juventudes y la política: “la apatía explicada desde la falta de legitimidad otorgada a las instituciones políticas” (Alvarado y Vommaro, 2010). Esta visión mostró como paradigma de la época a una generación de “jóvenes desinteresados” (Saintout, 2013) con la política, y devino en una postura condenatoria más asociada al deterioro de la juventud que a la expulsión de los jóvenes del ámbito político. Las agendas del deterioro, el riesgo y la incertidumbre también fueron la plataforma hegemónica para pensar desde las Ciencias Sociales la experiencia política juvenil.

A partir de 2003 en adelante, la sociedad argentina ha experimentado un proceso de transformación con importantes avances en materia derechos y justicia social que han permitido mayores niveles de inclusión de las juventudes. Las distintas transformaciones políticas, sociales y culturales incidieron en las formas de concebir “lo juvenil”. El desplazamiento del modelo tutelar a la consideración de los jóvenes como sujetos de derechos generó un nuevo modo de interpelación por parte del Estado: una interpelación desde un proyecto político como sujetos políticos a través de un discurso que les asigna

un lugar en la trama social al mismo tiempo que los habilita para la constitución de sus propios discursos (Saintout, Sánchez Narvarte y Varela, 2014)..

En este sentido, desde el discurso del *kirchnerismo*^[2] -que, y no es menor, es un discurso que se propone desde la plataforma estatal- se han realizado operatorias tendientes a re-prestigiar la política y la militancia, señalando que la transformación es posible en y desde el Estado (Bolis 2014, Natalucci y Pérez 2012, Saintout 2013).

Este fenómeno no sucede sólo en Argentina sino que se inscribe dentro de una serie de procesos que se vienen dando en toda Latinoamérica. La capacidad organizativa, la visibilidad pública y el renovado interés de muchos jóvenes de la región en la participación política y su compromiso con las cuestiones públicas configuran una coyuntura que Ernesto Rodríguez (2013) denomina los “nuevos movimientos juveniles latinoamericanos”.

La propuesta consistió en la realización de un trabajo desde la perspectiva etnográfica con jóvenes de sectores medios que residen en la ciudad de La Plata, que están transitando los últimos años de su formación escolar y que tienen una participación activa en las escuelas secundarias de las que forman parte (en su mayoría de gestión pública). No obstante, la investigación no incluyó dentro de sus objetivos dar cuenta de las diferentes modalidades de participación de los jóvenes hacia el interior de las instituciones escolares.

En lugar de hacer foco “en las escuelas” preferimos orientarnos más específicamente al análisis de los militantes secundarios en el marco de partidos políticos, y de allí indagar su actuación dentro de la escuela media. Una de las razones para justificar esta decisión se debe a la prolífica producción de estudios sobre participación política juvenil en la educación media (Enrique, 2010; Scarfó y Enrique, 2010; Beltrán y Falconi, 2011, Núñez, 2013 y Larrondo 2013, 2014 y 2015) que han documentado, desde diversas perspectivas conceptuales, la participación de los secundarios en los centros de estudiantes.

En este punto, es necesario resaltar que no toda práctica es política en sí misma aunque toda relación social puede ser politizable. Para atribuirle carácter político a un colectivo y a un sistema de prácticas sociales consideramos, en base a la propuesta de Vommaro y Vázquez (2010), al menos cuatro aspectos: que se produzca a partir de la organización colectiva, que tenga un grado de visibilidad pública, que reconozca un antagonista a partir del cual la organización adquiere el potencial político y que se formule una demanda o reclamo que adquiera un carácter público y contencioso.

Siguiendo a Florencia Saintout (2013) decidimos adoptar un posicionamiento político y epistemológico capaz de reparar en la capacidad de agencia de los jóvenes, en su condición de sujetos sociales que a través de prácticas y representaciones específicas nombran el mundo. Dicho posicionamiento abandona “el énfasis estigmatizante y reduccionista de la juventud como problema. La integración del paradigma que la señala como actor estratégico, con el paradigma de la juventud ciudadana permite reconocer su valor como sector flexible y abierto a los cambios, expresión clave de

la sociedad y la cultura global, con capacidades y derechos para intervenir protagónicamente en su presente, construir democrática y participativamente su calidad de vida y aportar al desarrollo colectivo” (Krauskopf, 2000). De esta manera, enmarcamos nuestro pensamiento en la capacidad que tiene todo sujeto -en este caso los jóvenes - de construir lo real, desde la mirada de una historia contingente y no predeterminada.

La experiencia militante como articuladora de la identidad

A partir de los relatos de los jóvenes entrevistados, pudimos ver que se producen identificaciones que en algunas situaciones y espacios de la vida de estos jóvenes ocupan un lugar central, mientras que en otras pasan a lugares periféricos o subordinados, entendiendo que las identidades “son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas” (Hall, 1996), por lo cual están en continuo proceso de cambio y transformación. Los jóvenes con los que trabajamos en esta investigación se autodefinieron como militantes. Cuando en las entrevistas les pedíamos que se presentaran, todos empezaban diciendo el nombre y enseguida soy militante de... Así, aparece la militancia como un atributo identificatorio que funciona como eje articulador de otras identificaciones, permitiendo la producción de efectos de frontera (Hall, 2003) tanto con otros jóvenes no-militantes, como con los adultos y con los miembros de otras agrupaciones político partidarias, lo que iremos viendo progresivamente en el desarrollo de este apartado.

Asimismo, el elemento central en los procesos identificatorios está constituido por la noción de ser militantes, proceso que les permite a estos jóvenes construir un nosotros colectivo que, no obstante, es fruto de múltiples efectos de fronteras. En el caso de estos jóvenes, los otros son los no-militantes, los apolíticos, en donde entran algunos miembros de sus familias, docentes y autoridades de los colegios y sus propios compañeros. El posicionar a un otro excluido es un proceso fundamental para producir un límite que permita reconocer de manera clara qué está adentro y qué está afuera. Esto es porque las identidades, según Laclau (1997), no pueden definirse a través de su positividad, sino a partir de las relaciones que mantienen con otros elementos. Consideramos relevante remarcar aquí que el establecimiento de una distinción entre un nosotros y ciertos actores y grupos percibidos como diferentes no se reduce a la idea de unos otros antagónicos. Justamente, en la variedad de modalidades que subyacen en las distinciones radica la complejidad de los procesos identificatorios que aquí analizamos.

En el caso de las fronteras que se establecen entre militantes de diferentes organizaciones político partidarias, si bien en las entrevistas aparece una confrontación, los jóvenes se reconocen todos como parte de un grupo específico de actores sociales: los que están comprometidos con el país y con el mundo y cuyo campo de injerencia es la política, principalmente en las escuelas. En este sentido, no se ven entre ellos como enemigos, sino que se reconocen en un espacio común como es la militancia, en donde destacan cuestiones como lo que cuenta Justina: “son muy difíciles las relaciones amorosas

con alguien que no milita, uno siempre termina saliendo con militantes, ya sea de la misma agrupación o de otra”, porque lo importante es entender los “códigos de la militancia”.

La identificación militante/no-militante al interior de las aulas, por ejemplo, con sus compañeros, se da de una manera particular. Estos jóvenes, posicionan a sus compañeros no-militantes del otro lado de la frontera de sus identificaciones: son los que les molesta que hablen de política porque no les interesa, los que no tienen ni idea, los que no pueden creer y les parece rarísimo que los que sí militan se levanten a las 8 de la mañana para ir al barrio. Los militantes, en cambio, son los que se levantan a las 6 de la mañana y hasta las 10 de la noche no vuelven a sus casas, son los que no ven a sus parejas durante dos meses por militar. Esta referencia al esfuerzo es uno de los rasgos que los jóvenes ligan directamente con la militancia, como ya abordaremos más adelante. Según el relato que construyen nuestros entrevistados, hay unos jóvenes que militan, que son la vanguardia y otros que no, que no se interesan por nada. Entre ellos, sin embargo, se dan relaciones que están en continua tensión y transformación.

Esta identificación como militantes, legitima a los jóvenes en muchos espacios de sus vidas, principalmente dentro de sus organizaciones político partidarias o en el vínculo con sus compañeros de la UES/CUES. Sin embargo, en el espacio escolar, particularmente al interior del aula, sucede prácticamente lo contrario: el ser militantes los deja muchas veces apartados del grupo de compañeros, se sienten la oveja negra, tratan de no discutir en clases por miedo al rechazo o al maltrato por parte de sus compañeros, se sienten diferentes a ellos. Por otro lado, estos jóvenes no-militantes - que son construidos como una otredad que permiten la conformación de un nosotros militante, comprometido - muchas veces, en la práctica cotidiana, aparecen como aliados estratégicos, necesarios, para los militantes, principalmente cuando se trata de períodos electorales. Asimismo, estos jóvenes son, en muchos casos, considerados potenciales militantes, que aparecen para los militantes como posibilidad de sumar compañeros a las filas de su agrupación y como necesidad para darle continuidad al espacio cuando ellos ya no estén en el colegio.

Entonces, podemos observar un doble nivel de relación entre estos jóvenes: uno en el nivel de los procesos de producción de identificaciones en el que los no-militantes aparecen como antagonistas; y otro, en el nivel de la práctica política cotidiana al interior de las escuelas, en donde los no-militantes aparecen como aliados estratégicos y necesarios para darle legitimidad a la participación política de los militantes.

Una situación similar se produce en la relación con los adultos, donde los jóvenes establecen un vínculo con los adultos militantes diferente al que se pone en juego con los adultos no-militantes, ratificando esta idea de que el proceso identificatorio militante/no-militante funciona como eje articulador de las otras identificaciones. Así, los no-militantes aparecen como aquellos que tienen resabios de los noventa, y les dicen que ellos van a terminar igual que todos los políticos, que les van a llenar la cabeza y los van a cooptar, situando a los jóvenes en el lugar de la pasividad, de la inacción, de la imposibilidad de tomar decisiones.

Al interior de sus organizaciones político partidarias, los jóvenes valoran como un atributo positivo en sus referentes el hecho de que sean jóvenes como ellos, ya que existen más elementos y de mayor centralidad en la configuración de procesos identificatorios: son militantes, jóvenes y comparten el mismo espacio político. En este sentido, plantean que con los referentes adultos tienen algunas diferencias en el modo de comprender la política, aunque el compartir una identidad militante les permite generar legitimidad frente a los jóvenes.

Otra de las situaciones que refuerzan esta idea de que el eje articulador de sus identidades aparece ligado a la relación militante/no-militante, es que los jóvenes militantes articulan dentro de un mismo campo semántico una serie de significados que quedan anudados a la idea del no-militante: no tienen idea, hay que explicarles, pueden ser cooptados, se los puede convencer con chupetines y caramelos. Es decir, los jóvenes militantes en cierta medida reproducen aquello que los adultos no-militantes dicen sobre ellos (aunque no los señalen sólo como manipulables, sino también como interesados), mostrando que es el proceso de identificación militante/no militante el que articula el resto de los procesos identificatorios, como la relación joven/adulto y las fronteras con otras organizaciones político partidarias.

La militancia como marco de certidumbre

Luego de haber analizado los procesos identificatorios que constituyen las subjetividades de los jóvenes entrevistados, consideramos importante incorporar la dimensión de la temporalidad como categoría de análisis, entendiendo junto a Díaz Larrañaga (2010) que “se puede pensar la temporalidad como constitutiva de la identidad”. El eje temporal es una de las características constitutivas de las identidades porque “al atravesar la totalidad de la construcción subjetiva, define y condiciona la calidad de esta construcción” (Pirrone, 2010). Si el sujeto se construye en una relación histórica, el tiempo como categoría de análisis es fundamental para comprenderlo, al formar parte y, a la vez, ser “uno de los ejes que organiza las prácticas cotidianas de los hombres” (Larrañaga, 2010). Entonces, la temporalidad como constructo cultural no sólo nos sirve como ordenador de las prácticas sino también nos permite la percepción, construcción y experimentación de la vida cotidiana. En otras palabras, y retomando nuestro referente empírico, cada uno de los jóvenes militantes que entrevistamos son portadores de una experiencia que los hace ser ellos y por la cual hablan, pero a su vez, son hablados por una época.

A la hora de caracterizar las sociedades contemporáneas, Ulrich Beck (1998) planteaba la idea de sociedad del riesgo caracterizada por este intelectual como productora y repartidora de peligro, donde reinaba el puro presente, y la sensación de ser testigos de un cambio social. En ese contexto, los jóvenes, según Beck, debían hacer frente a estos nuevos dilemas que planteaba la segunda modernidad, o en términos de Zygmunt Bauman (2002), la modernidad líquida. De esta manera, siguiendo la propuesta de Beck (1998), las marcas epocales de aquél tiempo en el cruce de los siglos

que signaron a la sociedad en su conjunto fueron el riesgo y la vulnerabilidad –si pensamos junto a Svampa (2005) en el avance de la sociedad excluyente o en las vías muertas que proponía Auyero (1993).

Específicamente, en torno a los jóvenes, la fragmentación y la descomposición del tejido social que seña la época se evidenciará en su inscripción en múltiples y variadas organizaciones, que “ya no son movimientos de masas generadoras de identidades colectivas, sino grupos de pertenencia y contención identitaria que intervienen en forma parcial en la vida social y ya no sienten [estos jóvenes] que el futuro les pertenece, por el contrario deben construir y sostener su presente” (Molinari, 2006:). En esas condiciones históricas, sociales y culturales, donde urgía sostener el presente asumido a partir de los riesgos y el miedo, la acción colectiva, la construcción política, osciló entre la respuesta a la urgencia derivada del agravamiento de las condiciones de existencia y la posibilidad de construir un proyecto colectivo estable, organizado y perdurable (Merklen, 2005).

Durante el trabajo de campo realizado pudimos observar que estos jóvenes militantes constantemente se enuncian perteneciendo a un proyecto político que los moviliza, que los hace poner el cuerpo, esforzarse y comprometerse. El principal atributo con el que identifican a dicho proyecto siempre está asociado a lo colectivo, como algo compartido y vivido en conjunto con los otros militantes que forman parte de sus estructuras político-partidarias. Sobre este punto, Bolis (2014) propone pensar el proyecto no como un resultado de cierta previsión del mañana, “sino como condición de las certezas mismas”, afirmando que “en la capacidad de articulación a proyectos colectivos se basa la estabilidad del presente. Para un actor político, tener proyecto es tener una dirección y tener un terreno firme desde el cual avanzar” (Bolis, 2014). Entonces, siguiendo la propuesta de Bolis (2014), la posibilidad que tienen los jóvenes de nuestra investigación de pensar en términos de proyectos –y no de cualquier tipo de proyectos, sino en proyectos políticos y colectivos - desafiaría o pondría en tensión aquella marca epocal del presente como riesgo y precariedad que sugería Beck (1998).

Siguiendo la línea de Beck, Lechner planteaba que en las temporalidades de la crisis, pretender que se pueda “promover un proyecto social a largo plazo suena más a utopía que a realidad” (Lechner en Pirrone 2010). Y Martín Barbero, al analizar metáforas de la experiencia social en el marco de La cultura en las crisis latinoamericanas decía: “se nos hace imposible construir proyectos, ‘hay proyecciones pero no proyectos’, pues algunos individuos se proyectan pero las colectividades no tienen donde asir los proyectos. Y sin un mínimo horizonte de futuro no hay posibilidad de pensar cambios” (Martín Barbero, 2004).

Pero estos jóvenes que entrevistamos enmarcan su participación política en un colectivo y uno de los sentidos que construyen en relación a esa práctica es la idea de transformación de la realidad desde las vías tradicionales de la política. En todos ellos está presente la percepción de que la organización y la movilización en el marco de estructuras partidarias es el modo legítimo de disputar los recursos del Estado. Entonces, el lugar que le otorgan a los proyectos políticos y colectivos es central en tanto se constituye como una plataforma de acción dentro de un contexto en el que los recursos del Estado se

siguen disputando a través de estructuras políticas tradicionales, las únicas que, según sus visiones, permiten implementar un orden social distinto.

En sus relatos lo que gravita con fuerza es la idea de intervención en la realidad pensada como un proyecto colectivo para modificar las estructuras sociales. De alguna manera, el poder pensar así está habilitado por un tiempo histórico en donde “el Estado es visto como una herramienta de transformación y un escenario de disputas políticas” (Vázquez y Vommaro, 2012). Pero más allá de las características del contexto socio histórico en el que viven los jóvenes entrevistados, nos preguntamos qué realidades concretas, materiales, habilitan a nuestros entrevistados a proyectarse hacia el futuro y a inscribirse en proyectos políticos y colectivos.

Entendemos que es desde el tiempo presente desde donde se articula y se proyecta el futuro, ya que no podemos pensarlo desligado de las temporalidades. En efecto, consideramos que “el porvenir se construye con la síntesis de lo que fuimos y las posibilidades y limitaciones con las que somos. El futuro no es un espacio aislado del devenir histórico al que se asalta de un día a otro sino que implica una continuidad con lo dado del pasado y las condiciones del presente” (Angelini y Zangara, 2009).

Los jóvenes que hemos propuesto para nuestra investigación son sujetos que se animan (aun en el marco de ciertas incertidumbres) a hablar del futuro, de un futuro que los moviliza, al que se asoman en el marco de relaciones sociales que experimentan como redes de contención tanto a nivel material como simbólico. A la hora de pensar sus futuros, los jóvenes proyectan en primer lugar seguir militando y en segundo lugar, continuar con sus estudios superiores en la Universidad Nacional de La Plata. Respecto a otras estructuras clásicas tales como trabajar o formar una familia no hacen ninguna mención.

La idea de continuar una carrera universitaria puede ser leída como un mandato familiar si tenemos en cuenta que todos los informantes son hijos/as de padres profesionales. De esta manera vemos que estos jóvenes de sectores medios ven la universidad como una “institución propia, la perciben como un espacio propio, como destino inevitable para muchos pero no por esa razón negativo” (Saintout, 2006).

Es interesante ver cómo la Universidad pública aparece como un espacio valorado positivamente por estos estudiantes secundarios, aún cuando algunos de ellos han transitado por colegios privados. En este sentido, la legitimidad que le otorgan a la Universidad Nacional de La Plata en particular contrasta mucho con la visión que todos ellos comparten respecto a la educación pública del nivel secundario, cargada de connotaciones negativas respecto a cuestiones que hacen a la currícula y al proceso de enseñanza/aprendizaje, como las relacionadas con factores materiales tales como la infraestructura edilicia.

Pero hay que aclarar que aquellos entrevistados que tienen una trayectoria formativa inscripta en colegios nacionales de la UNLP se sienten agradecidos del nivel educativo que consideran haber tenido allí. Dicho en otros términos, plantean haber accedido a unos capitales culturales que los posicionarían en un lugar de ventaja respecto a los otros estudiantes de las escuelas públicas de la

provincia de Buenos Aires. Para ejemplificar esto, los propios actores reconocen que tanto en el Liceo, como en El Nacional o el Bellas Artes se dan verdaderas discusiones políticas, además de prepararlos mejor para la vida universitaria.

Esta representación que tienen los jóvenes de nuestra investigación que estudian en los colegios de la universidad también es compartida por los estudiantes secundarios de las otras escuelas, tanto privadas como públicas, al plantear que a la hora de convocar a una marcha o realizar una actividad siempre es importante contar con la presencia o el apoyo de dichos colegios ya que hacen más legítimos sus reclamos. De esta manera, podemos ver en los jóvenes cierto imaginario que otorga un halo de prestigio y status a los colegios dependientes de la UNLP.

Como planteamos anteriormente estos jóvenes se proyectan en un futuro cercano continuando con su trayectoria formativa dentro de la Universidad, espacio al que conciben como habilitante de sus identidades político-partidarias a diferencia de lo que sucede en las escuelas, como veremos más adelante. De este modo, según los relatos de los entrevistados, la experiencia universitaria es proyectada de modo indisoluble con su participación política, es decir, continuar su militancia, convertirse en militantes universitarios, es una meta importante que viven con expectativa. Muchos de ellos comentan que ya han tenido una participación política dentro del ámbito universitario, puntualmente durante las elecciones estudiantiles, pero siempre resaltan que lo hicieron en calidad de secundarios, diferenciándose de sus compañeros del frente universitario de cada una de las organizaciones.

La posibilidad concreta de que la Universidad se configure para estos jóvenes como un horizonte común también tiene relación con la categoría de moratoria social, su pertenencia a los sectores medios y la integración en otros clivajes estructurales como el género y las relaciones familiares. El seguir una carrera universitaria no sólo plantea una continuidad con la trayectoria de sus familias, en tanto que se proyectan a futuro como profesionales al igual que sus padres, sino que también da cuenta de unos recursos materiales y simbólicos que los habilitan a retrasar sus ingresos al mundo del trabajo para poder concretar su formación universitaria.

En ese tiempo en posesión referido al crédito vital (Margulis, 2000), estos jóvenes tienen la posibilidad de ampliar sus horizontes, hacerlos más elásticos a sus proyecciones. Y en ese contexto, creemos que su participación política, su militancia, se presenta como un marco de certidumbre que los habilita a creer en y a hacer propios proyectos políticos y colectivos y a elaborar planes en tiempo futuro.

Durante el proceso reflexivo de esta investigación nos resultó interesante construir la noción de marco de certidumbre para pensar la participación política de los jóvenes entrevistados. Con ella hacemos referencia a un conjunto de ideas, valores y percepciones que sirven a estos jóvenes para pensarse en el futuro y para imaginar lo que el futuro les deparará. De este modo, cuando decimos marco de certidumbre no hacemos referencia a algo positivo en sí, en términos de deseos o sueños, ni tampoco

significa que esto vaya a ser efectivamente así, teniendo en cuenta que dicha noción sólo puede ser pensada a partir de las condiciones socio-históricas del presente.

Hablar de la militancia como un marco de certidumbre implica reducir las cuotas de azar, de contingencia, y aumentar la capacidad de intervención en la construcción del porvenir en virtud de unos procesos identificatorios que los anclan fuertemente en un sentido del presente histórico y los habilita a sentirse protagonistas de una época. Entonces, el marco de certidumbre que constituye la militancia de estos jóvenes traza un itinerario a futuro en donde se restituye la esperanza en los proyectos políticos y la percepción de que el cambio es posible.

Con esto último no queremos decir que la militancia como marco de certidumbre se presente como un “modo exitoso” de transitar por la vida, o que las certezas de los jóvenes refloten el imaginario moderno de la fe en el progreso. Frente al futuro como “metáfora incierta y perturbadora” que plantean Margulis y Urresti (2005), la participación política aparece como el lugar a partir del cual proyectarse a futuro. Es decir, estos jóvenes no proyectan formar una familia o trabajar, de lo único que están seguros es que quieren seguir militando.

Pero esas seguridades que genera en los jóvenes la práctica militante también inciden en los modos de pensar su propia existencia en el presente, su lugar en el mundo: militando, dentro de estructuras político-partidarias, o en otras palabras, a través de unas prácticas y espacios concretos. Aquí consideramos que el sostén mutuo, el estar juntos, compartir, hacerse y crecer con los otros que expusimos antes, es una clave de continuidad que brinda certezas. Sin embargo, no hay que perder de vista que ese marco de certidumbre también se asienta en los sentidos compartidos sobre el lugar de la política en la biografía de estos actores, en su presente y en su proyección a futuro.

De esta manera podríamos arriesgar la idea de que la militancia como marco de certidumbre se construye en una relación dialéctica: entre una participación política en el presente que abre caminos transitables, a través de proyectos que otorgan certezas sobre los movimientos y la situación del colectivo en el futuro; y unos proyectos políticos que refuerzan los lazos hacia el interior de las organizaciones generando expectativas y ganas de hacer, de transformar, de seguir militando.

Si, como planteamos antes, la militancia de estos jóvenes podría considerarse como una *moratoria en otro sentido* (Vázquez, 2009), es durante ese tiempo de retraso frente a las responsabilidades del mundo adulto en donde los jóvenes a través de su participación política van adquiriendo una serie de capitales políticos, culturales y simbólicos al mismo tiempo que disponen de un campo de experiencias válidas mediante los repertorios de acción que despliegan en su vida diaria.

El conjunto de esos capitales y experiencias les permitiría a estos jóvenes enfrentar su presente con ciertas competencias cualitativamente diferentes a las de otros jóvenes, cuyos recursos a la hora de ordenar sus trayectorias biográficas y la vida social tienen otras lógicas. En relación a esto, son los propios jóvenes quienes consideran que su participación política configura una forma de vida *diferente*, y esta diferencia se basa en una distribución particular del tiempo dedicado al estudio y a otras actividades que consideran como juveniles. Esto implica un reconocimiento diferenciado, la

percepción de que su juventud, la juventud que viven estos jóvenes, no es la juventud configurada por las narrativas mediáticas y los discursos adultocéntricos.

Por lo tanto, al percibir su experiencia de la juventud como diferente frente a la de otros pares, jóvenes pero no militantes, generan procesos de identificación diferentes. Es decir, aunque entienden que son jóvenes, son jóvenes militantes, y esto los pone en un lugar que les permite percibirse como los diferentes –distinción que se acentúa en los espacios escolares- porque sus vidas están atravesadas por unas prácticas particulares que estructuran sus usos del tiempo de maneras diferentes. De esta manera, la participación política es presentada por los jóvenes como ordenadora de sus rutinas diarias, y en gran medida esto sirve para entender esos *cambios en las prioridades* a los que aluden, esa reestructuración de la vida cotidiana en la que la escuela pasa a un segundo plano.

Bibliografía

- Angelini, A. y Zangara, M. (2009). Perseguidores de lluvia en tiempos de sequía universal. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS.
- Alvarado, S. y Vommaro, P. (2010), Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960 2000). Buenos Aires, CLACSO.
- Beck, U. (1998). La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad. Barcelona: Paidós.
- Bolis, J. (2014). Jóvenes y soberanía: Hegemonía, discursos y trayectorias hacia la emancipación. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS-UNLP.
- Bonvillani, A., Palermo, A.; Vázquez, M.; Vommaro, P. (2008). “Juventud y política en la Argentina (1968-2008). Hacia la construcción de un estado del arte” en Revista Argentina de Sociología (Buenos Aires) Año 6, N° 11.
- Bourdieu, P. (1999). Intelectuales, política y poder. Buenos Aires: Eudeba.
- Caggiano, S. (2007). Lecturas desviadas sobre Cultura y Comunicación. La Plata: Edulp.
- Chaves, M. (2005). Juventud Negada y Negativizada: Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea, Última Década N°23, CIDPAValparaiso, PP. 9-32.
- Díaz Larrañaga, N. (2010). Subjetividad y temporalidad. Aportes disciplinares y prácticas socioculturales. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Enrique, I. (2010). “Movilización estudiantil en la Ciudad de Buenos Aires: aportes para el análisis” en Boletín de Antropología y Educación (Buenos Aires) N° 1, Diciembre.
- Giddens, A. (1998). La constitución de la sociedad. Buenos Aires, Amorrortu editores.
- Hall, S. (1996), ¿Quién necesita ‘identidad’? en Cuestiones de Identidad Cultural, Stuart Hall y Paul du Gay (comps.), Amorrortu, Buenos Aires, 2003.
- Kruger, M. (2010). Jóvenes de escarapelas tomar: Escolaridad, enseñanza de la historia y formación política en la Argentina post -2001. La Plata: EDULP

- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Larrondo, M. (2013). *Lápices de colores: el movimiento estudiantil secundario en Argentina: investigaciones recientes*. Buenos Aires: CLACSO.
- Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gili.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos*. Buenos Aires: Gorla.
- Núñez, P. (2013). *La política en la escuela: jóvenes, justicia y derechos en el espacio escolar*. Buenos Aires: La Crujía.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de Culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma: Buenos Aires.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Saintout, F. (2006). *Jóvenes: el futuro llegó hace rato*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Saintout, F. (2013). *Jóvenes en Argentina: desde una epistemología de la esperanza*. Ediciones de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Sánchez Narvarte, E. y Angelini, A. (2013) *Jóvenes y política : reflexiones en torno al voto joven en Argentina*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Sautu, R., Boniolo, P., Dalle, P. y Elbert, R. (2005). “La construcción del marco teórico en la investigación social”. En *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Buenos Aires: CLACSO.
- Schmucler, H. (1984) “Un proyecto de comunicación/ cultura”. México: *Comunicación y Cultura*, N° 12.
- Schuttenberg, M. (2009). *Antagonismo, identidad y diferencia. La construcción del enemigo político como puente discursivo de inserción en el gobierno de los movimientos sociales ‘nacional populares’*. *Revista Oficios Terrestres* N° 24. La Plata: FPyCS –UNLP.
- Taylor, S. y Bogdan, R.(1998). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós.
- Urresti, M. (2000) “Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico” en Balardini, S. (comp.): *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Varela, A. (2004). “La ciudad construida: experiencias y relatos urbanos platenses”. *KAIRÓS, Revista de Temas Sociales, Universidad Nacional de San Luis, Año 8 – N° 14*.
En: <http://www.revistakairos.org>
- Vázquez, M. (2013). “En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento”. *Revista Argentina de Juventud*, N° 7. La Plata: FPyCS-UNLP.

- Vázquez, M. y Vommaro, P. (2013). La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora. En: Pérez, G y Natalucci, A (eds.). *Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Viviani, T. (2011). *La vida tocando, identidades juveniles y experiencia musical*. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS-UNLP.
- Viviani, T. (2012). *Informe Anual 2012. Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Walsh, R. (2010, [1977]). *Carta abierta de un escritor a la junta militar*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de La Nación.
- Wortman, A. (2007). *Nuevos intermediarios culturales y configuración del sentido común de las clases medias urbanas argentinas. Viejos y nuevos imaginarios sociales en torno a la sociedad argentina*. En *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. Wortman, A. Buenos Aires: CLACSO.
-

[1] Hacemos referencia a la Tesis de Grado titulada *Yo Milito. Representaciones sobre la política en jóvenes estudiantes secundarios* (Martín, G. y Papaleo, M., 2015) , dirigida por la Lic. Anahí Angelini y el Lic. Tomás Viviani.

[2] Utilizamos esta expresión para hacer referencia a los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011, 2011-2015).